

26H  
EL TALION.

POR

ANTONIO FLORES Y JEJON.



13  
23  
VALPARAISO:

IMPRESA Y LIBRERIA DEL MERCURIO  
de Santos Tornero y Ca.

1854.

## *El Tali6n*

Novela de Antonio Flores Jij6n (1854)

Por el a6o de 1842 vivía en Guayaquil un excelente anciano, nacido en Valencia de Espa6a y emigrado, seg6n decía, por causas polítimas. El se6or Jaime de Moncada se había establecido desde tiempos atrás en aquella ciudad ribere6a, donde adquirió por su industria comercial una fortuna honrosa. A pesar de sus avanzados a6os había obtenido la mano de una se6orita guayaquile6a, a quien la fiebre amarilla arrebató pronto a su entra6able amor. Retirado de los negocios vivía consagrado a la educaci6n de dos preciosísimas ni6as, idolatradas prendas que le dejara su consorte al bajar a la huesa. Zoila, la mayor, rayaba, en los doce a6os de su edad; Amelia, su hermana, no había cumplido 8, y era un prodigio de belleza que salía de la puericia. Esta ni6a encantaba a todos los que la conocían por la vivacidad de sus respuestas y por la perfecci6n de su rostro; era el ídolo de su padre y el embeleso de su hermana. Iba yo a jugar con la peque6a Amelia (así la llamaban entonces) y a gozar del cari6o de don Jaime, que me obsequiaba frutas y dulces exquisitos. Sentábamos el anciano en sus trémulas rodillas y colmándonos de besos paternales nos recomendaba que nos tuviésemos afecto, porque éramos de la misma edad, y que juntos nos casásemos cuando fuésemos grandes. Yo era entonces muy ni6o, y sin embargo recuerdo estas finezas como si hubiesen pasado ayer; no porque tenga memoria feliz, pues soy de inteligencia ruda y de tarda comprensi6n, sino porque hay ciertos acontecimientos que hieren vivamente nuestra imaginaci6n infantil y quedan para siempre grabados en nuestra alma. Solo así puedo explicarme la facilidad con que recuerdo los pormenores de mi vida en aquellos primeros y venturosos a6os.

Comuniqué a la peque6a Amelia que mi familia me llevaba a Quito, y la sensible ni6a se abrazó a mi cuello con irresistible llanto. Díjele, para consolarla, cosas de la infancia; mas no se desprendió de mí hasta que el padre le hubo prometido mandarla pronto a verme. La despedida fue ternísima: ambos lloramos, como se llora en la ni6ez, con abundantes lágrimas y momentáneo sentimiento; y prometimos escribirnos por todos los correos.

Cuando en 1844 me enviaron mis padres a continuar mis estudios en Europa, no me fue dable tocar en Guayaquil, por la epidemia que diezmaaba a sus moradores, y me reduje a vivir a una legua de distancia en la deliciosa quinta de la Josefina. Allí recibí la anhelada visita de mi querida Amelia, en quien no había dejado de pensar. Felizmente estaba yo correspondido, pues mencionaba mi nombre con frecuencia, cual acontece en los ni6os con las letras aprendidas. Me pareció que había crecido, como la palma en la margen de aquel río, y ella me

encontró también desarrollado. Nuestros cariños, correspondiendo a nuestras inclinaciones, fueron más apasionados que antes.

Ella me encargó le remitiese de París una muñeca engalanada a la moda, y me regaló un librito, que perdí después en la navegación, no sin mucha pena. Don Jaime le ocultó el día de mi partida para ahorrarnos el sentimiento de una despedida dolorosa. Yo le dije a Dios en mi corazón, abarcando de una ojeada la distancia que nos separaba. Don Jaime me acompañó hasta el buque, dándome consejos saludables, y me recomendó con encarecimiento entrase al colegio de San Pio V, que era en su concepto uno de los mejores en Europa.

Mas la desgracia, o la felicidad, me condujo al Colegio Real de Henrique IV, hoy día Liceo Napoleón. Recluido en los espesos y dilatados muros de aquel soberbio edificio, sin más horizonte que un pedazo de cielo renegrido, donde asomaba encapotada la fúnebre cabeza del Panteón, y atormentado por una fiebre intermitente, que contraje en el insalubre Chagres, los cuatro primeros meses fueron crueles para mí y dejaron en mi memoria un recuerdo ingrato. En aquellas noches de perenne insomnio, abrasada la frente por la fiebre, debilitado el cuerpo por los sufrimientos, mi imaginación ardiente salvaba la inmensidad de los mares y se refrigeraba en el ancho seno de mi familia con cuyas personas conversaba. Estos delirios de la enfermedad, repitiéndose a menudo, trocaron mi carácter alegre y placentero en triste y melancólico. El calor del verano me restablecía, y el intenso frío del invierno me postraba en cama. La interrupción de mis estudios me desconsolaba, y su continuación me sonreía. Así pasaban para mí aquellos desabridos años, endulzados a veces por inmerecidos premios y amargados otros por el horror de la tormenta que bramaba afuera. Inclutados en nuestros bufetes oíamos el estruendo del combate que rompió el cetro de julio y escuchábamos silenciosos los rancos aplausos del pueblo delirante, que celebraba su triunfo en las altas barricadas. Y aun hubo tiempos en que las olas revolucionarias invadieron aquel sosegado recinto, arrojándonos a los claustros del Panteón en medio de las balas y de una encarnizada pelea. Así los pacíficos alumnos de Minerva cedían su tranquila morada a los hijos del furibundo Marte<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> The French Second Republic (French: Deuxième république française or La IIe République), officially the French Republic (République française), was the second republican government of France. It existed from 1848 until its dissolution in 1852. Following the final defeat of Napoleon Bonaparte at the Battle of Waterloo, France had been reconstituted into a monarchy known as the Bourbon Restoration. After a brief period of revolutionary turmoil in 1830, royal power was again secured in the "July Monarchy", governed under principles of moderate conservatism and improved relations with the United Kingdom. In 1848, Europe erupted into a mass revolutionary wave in which many citizens challenged their royal leaders. Much of it was led by France in the February Revolution, overthrowing King Louis-Philippe.[1] Radical and liberal factions of the population convened the French Second Republic in 1848. Attempting to restore the First French Republic's values on human rights and constitutional government, they adopted the motto of the First Republic; Liberté, Égalité, Fraternité. The republic was plagued with tribalist tendencies of its leading factions: royalists, proto-socialists, liberals, and conservatives. In this environment,

Enojoso, inútil sería hablar de mis limitados estudios y de mi vida en París, desnuda de interés, aunque había pasado ya de la frívola infancia a la ingeniosa juventud.

Llegó al fin el anhelado día de tornar a mi patria querida, al seno de mi amada familia, a la sociedad de los amigos de la infancia; pero la patria había sido desgarrada por la discordia civil, mi familia estaba enlutada por sus padecimientos y los amigos perseguidos por sus opiniones políticas; contrariedades propias de la vida, que en la copa del placer nos dá la gota acerva.

Dije adiós a la antigua Lutecia, y me embarqué en el Havre de Gracia, rebosando de alegría. Tres meses y tres semanas pusimos en aquella tediosa navegación hasta el Callao, La isla de Madera<sup>2</sup>, en el Atlántico, la de los Estados<sup>3</sup> en el Cabo de Hornos y la de Más Afuera<sup>4</sup> en el Pacífico, fueron las únicas que divisamos, y las saludamos desde lejos contemplándolas. En aquellas horas de hastío en que la vista de los ilimitados mares parece anunciarnos un viaje sin término, sentábame en la popa del bajel absorbido por los recuerdos de los objetos que la naturaleza me hacía amar; mi madre, hermanos y parientes. Pensaba después en los amigos de la niñez y en las demás personas que había conocido. Imaginaba que las primeras habían cambiado de fisonomía con el transcurso de los años y me las representaba, como en sueño, de una manera ideal. En uno de esos esfuerzos de imaginación se despertó en mi mente la memoria de mi querida Amelia, tanto tiempo olvidada. Pensar en ella y amarla fue todo uno, cosa al parecer inverosímil. Yo mismo no puedo explicarme ese fenómeno, encerrado en los arcanos inescrutables del amor. Lo uno compensaba lo otro, por que todo parece estar compensado en este mundo sublunar. La naturaleza ingrata había olvidado a Amelia; la naturaleza reparadora la recordaba con usura. Yo no la conocía entonces; los años la habían formado en mi dilatada ausencia. Los estragos de una

---

Napoleon's nephew, Louis-Napoléon Bonaparte, established himself as a popular anti-establishment figure and was elected president in 1848. Under the Second Republic's constitution, the president was restricted to a single term. Louis-Napoléon overthrew the republic in an 1851 self-coup d'état, proclaimed himself Emperor Napoleon III, and created the Second French Empire.

<sup>2</sup> La isla de Madeira (en portugués, ilha da Madeira; tradicionalmente en español y en desuso, isla de Madera) es una isla del archipiélago de Madeira situado en el océano Atlántico, al oeste de la costa africana, y que constituye conjuntamente con Porto Santo, las islas Desiertas y las islas Salvajes, la Región Autónoma de Madeira, en Portugal.

<sup>3</sup> La isla de los Estados está ubicada en el océano Atlántico Sur al este de la península Mitre de la isla Grande de Tierra del Fuego, de la cual está separada por los 24 km del estrecho de Le Maire. Pertenece al departamento Ushuaia de la provincia de Tierra del Fuego, Antártida e Islas del Atlántico Sur en la Argentina.

<sup>4</sup> La isla Alejandro Selkirk, hasta 1966 llamada Más Afuera (a veces escrito Masafuera, apareciendo también en textos antiguos como isla de los Perros), es una pequeña isla de Chile que forma parte del archipiélago Juan Fernández.

enfermedad podían haber ajado su belleza infantil, y la parca misma podía haberla tronchado en flor. Pero yo la amaba, la veía, deliraba con ella; día y noche contemplaba sus acendradas virtudes y día y noche soñaba que estaba yo correspondido. Así la esperanza avivaba en mi pecho aquella llama activa. ¡Cuántas veces, en medio de la tempestad, mojado el rostro por la espuma de las olas, repetía su dulce nombre en éxtasis de amor! ¡Y cuántas veces en la oscuridad de las tinieblas abracé enajenado su imagen celestial!

Solo una idea pavorosa sorprendía mis ilusiones y me despedazaba el corazón; la de un bendecido enlace que hubiese puesto un abismo entre Amelia y yo. Tal vez la Diosa de mis ensueños, a la hora de mis desvelos, reposaba tranquila en los brazos de otro más feliz que yo.

Ah! Yo hubiera dado mi vida por Amelia, pues mi amor era profundo y mis intenciones tan puras como el éter; pero prefería encontrarla en el sepulcro a contemplarla en un lecho nupcial, porque me quedaba a lo menos el consuelo de llorarla en la tumba solitaria, sin que mis lágrimas ofendiesen al hombre, y sin que mi pasión insensata fuese criminal a los ojos de Dios. Pero resignarme a verla en los brazos de un mortal, eso no, no me era posible.

Abandonado a esas lúgubres ideas, en una mañana de invierno, hieren de repente mis oídos las alegres voces de *¡terre, terre!* Corro hacia la proa, y distingo en el horizonte una nube parda que resultó ser la isla de Palomitas<sup>5</sup>; a las once de la noche fondeamos en el Callao. Apenas vislumbrábamos las casas y el movimiento confuso de las gentes; a lo lejos oíamos alternados instrumentos y el ronco parche de atambores<sup>6</sup>. Estas señales de vida social, que nos anunciaban la presencia de un pueblo, después de tanto tiempo de aislamiento en el Océano, nos embriagaban de una alegría pueril.

Al rayar la aurora del siguiente día satisfacimos la curiosidad y a pocas horas después desembarcamos en la tierra de los Incas. Ninguna persona conocida se nos acercaba; ninguna que me diese noticias de mi patria. Reposaba ya en la Cápua del Pacífico<sup>7</sup>, y dormitaba en un mullido lecho, cuando un desconocido me estrechó en sus brazos; era un antiguo amigo de mi padre, un proscrito ecuatoriano que

---

<sup>5</sup> Las Islas Palomino, también conocidas como Islotes Palomino, son un conjunto de pequeñas islas frente a la costa del Callao en Perú. Son famosas por albergar una gran población de lobos marinos y aves marinas.

<sup>6</sup> "Atambores" es el plural de "atambor". Un atambor es un instrumento musical de percusión, parecido al tambor, pero con la caja semiesférica y cubierta por una de sus bases por una piel estirada, que se golpea con una baqueta. A veces se usan por pares, afinados en diferentes tonos. La palabra "atambor" se considera obsoleta y se usa más comúnmente la palabra "tambor" en su lugar.

<sup>7</sup> Capua es una ciudad de la provincia de Caserta, Italia. En los tiempos antiguos, era la capital regional de la Campania, a 26 km de la actual Nápoles, a orillas del río Volturno.

conocí en mi infancia. Me entregó dos cartas, que leí con avidez. En ellas me comunicaban el reciente enlace de una de mis jóvenes hermanas y la ansiedad con que me esperaba mi familia. Una expansión de ánimo me elevó sobre mi estado ordinario, y mi corazón palpitó de alegría.

—¿Amelia existe?—le pregunté involuntario.

—Vive—me contestó— y es la más linda y perfecta señorita del Guayas.

Estas palabras sonaron en mi oído, como las de tierra avistada en los de Colón. La existencia de Amelia y su belleza peregrina no eran ya los delirios de un amor ideal; eran una realidad, y mis dorados sueños se habían realizado al despertar. Alegre, inquieto, enajenado, apresuré mi viaje; mi familia y Amelia bullían en mi cabeza, en mi pecho, en mi corazón. Navegaba yo viento en popa en un vapor que hendía los mares, y sin embargo lo encontraba lento, tardo, casi inmóvil.

Pasaron 50 horas, como pasa perezoso un siglo, y mi deseado viaje se convertía en tormentoso hastío. Mas insensiblemente un cielo de zafir y nácar, dos zonas de esmeralda que se acercaban entre sí, un mar bonancible<sup>8</sup> y dulce y el aura blanda de Chanduy<sup>9</sup>, que refrescaba mis sienes abrasadas, me anunciaban la intermediación a la patria, y me adormí tranquilo. La detonación del cañón me despertó: abro los ojos, y veo delante de mí la tierra ecuatoriana, la ciudad de Guayaquil, la residencia de Amelia. Me incliné reverente, y la saludé con estos versos de mi padre.

Oh! Dulce patria mía.

Dichoso yo que torno a verte un día.

Alcé la vista y recorrí ansioso las calles y balcones. Eran las cuatro de la tarde, y las blancas lonas de las galerías flotaban como las de los bajeles cuando la mar está serena y calma. Parecía una ciudad oriental reflejada en las aguas de un gran río, en cuyas márgenes floridas se ostentaban las vividoras palmas. Algunos rostros femeniles se mostraban fuera de aquellas móviles cortinas y nos contemplaban con curiosidad. ¡Ah! Si será alguno de ellos el de Amelia, me decía a mí mismo, y me latía el pecho alborozado. Hacía entonces un esfuerzo para recordar la casa de don Jaime; pero en vano. La ciudad había cambiado de aspecto y era distinta para mí. Pasaba el tiempo mientras tanto, y había olvidado lo que más deseaba; desembarcar para satisfacer la primera de mis necesidades, que era ver a Amelia. En aquella sazón se acercó un bote que conducía a una persona

---

<sup>8</sup> "Bonancible" significa tranquilo, sereno y suave, especialmente cuando se refiere al mar, el tiempo o el viento.

<sup>9</sup> El significado de "Chanduy" proviene del lenguaje Chimú y significa "Llano Alto". Este topónimo se encuentra en la península de Santa Elena, Ecuador, y es el nombre de una antigua comunidad indígena.

enlutada, cuya fisonomía recordaba. Era un excelente caballero, amigo de mi familia, que iba a verme para hospedarme en su casa. Preguntéle por mi familia y por Amelia, y me trasbordé precipitado: pocos minutos después pisaba ya la tierra natal; esto era el 11 de marzo de 1851. A la luz confusa del crepúsculo percibía las sombras de las bellas que se mecían en sus hamacas, como las avecillas en las flores movidas por el céfiro, y la ideal imagen se me representaba en todas ellas.

El calor de la estación, y las emociones del día, me causaron ensueños dolorosos: imaginé que el crespón del luto del amigo que me había hospedado significaba el fallecimiento de Amelia, que un mendigo andrajoso era don Jaime y que mi familia me había desconocido. Desperté bajo el peso de estas impresiones cuando me entregaron las primeras tarjetas de felicitación. Las recorrí ansioso y no encontré ninguna de don Jaime. No sabía qué pensar de esta omisión, y resolví anunciarle mi llegada por medio de un billete. Tomé la pluma para escribirle, mas me detuve a considerar las causas que podían influir en el retardo de aquella visita, y me dije a mí mismo: ¿si será que no quiere tener relaciones con un hombre que le es ya desconocido? ¿si será que... Iba a continuar, cuando un criado abre la puerta, y se presenta mi caro y venerable amigo. Corrí hacia él y le estreché en mis brazos sin hallar palabra con que poder expresarle mi alegría; él no estaba menos conmovido y me colmó de besos.

—No ha pasado un día—me dijo cuando la emoción le permitió recobrar su trémula voz— sin que hayamos hablado de ti con interés, y no ha venido ninguna persona de Francia sin que hayamos dejado de preguntarle por tu salud y tus estudios. Zoila y Amelia están desesperadas por verte, y yo les he ofrecido llevarte dentro de pocos minutos. Amelia ha quedado contándolos y me ha dado apenas media hora de plazo. Vamos, pues, hijo mío; vamos.

Enajenado de placer tomé precipitadamente mi sombrero para seguir a mi amigo, cuando dos visitas inoportunas nos impidieron salir. A éstas se siguieron otras y otras que nos detuvieron. ¡Cuán cierto es que en la tormentosa vida de un amante hasta las manifestaciones de aprecio, cuando éstas le roban los instantes, son mal recibidas y enojosas! Don Jaime no se apartó de mi lado hasta las cinco de la tarde con la esperanza benévola de presentarme pronto a su familia; mas la hora de comer, y las nuevas visitas que se esperaban por la noche, le obligaron a despedirse, emplazándome para el día siguiente. Yo quedé inconsolable; pero recobré un tanto mi tranquilidad de espíritu al considerar que la fortuna me había sido propicia y que ya no pasarían días sin conocer a Amelia. Así un plácido sueño compensó la agitación de la pasada noche.

Desperté ansioso, tomé mi desayuno a sorbos comencé a vestirme con mano temblorosa. Un doméstico de mi confianza me prestó su ayuda reclamada. Temía yo lo que deseaba, y esta timidez traicionaba mi secreto. ¿Cómo debo de tratar a Amelia? Me preguntaba con sobresalto, y no podía responderme satisfactoriamente. ¿Con la antigua confianza? Esto era un abuso y podía

desagradarle. ¿Con rígida etiqueta? Esto era indigno del amor y podía perjudicarme. Dudoso, incierto me lanzo a la calle y ando maquinalmente; tocaba ya la casa sin resolver la dificultad, cuando un esfuerzo casi sobrenatural me hizo recordar el *término medio* de mi maestro Horacio<sup>10</sup>. Este término medio, me dije a mí mismo, me permite, en los primeros momentos, conocer el lado al que debo inclinarme, según el recibimiento que me dispense Amelia; su semblante y sus primeras palabras serán mi guía. Triste sutileza, o precaución, para quien amaba apasionadamente. Alentado, intrépido entré a la sala de don Jaime, quien me recibió con el cariño de la víspera, y me presentó a Zoila que leía en un sillón dorado. Nuestra salutación fue cortés y circunspecta; la que correspondía a nuestras escasas relaciones, y a la desproporción de nuestra edad. Zoila, sin embargo, era una estimable y cumplida señorita, cuyas prendas y virtudes merecían alabanzas. Ella deseaba ser mi amiga, y yo no lo deseaba menos, por gratitud y conveniencia; pero éramos extraños el uno al otro, y era además imposible traspasar cierto límite en la primera visita. Ella se levantó presurosa en busca de Amelia, a quien yo esperaba ya con impaciencia. No bien pasaron unos pocos minutos cuando se abre una mampara y aparece un ángel. Yo me la había imaginado bella, graciosa, seductora; pero no celestial, y la que yo veía era una virgen del cielo, que hechizaba. Su aguileño rostro de jazmín y rosa en un cuello de cisne; sus hermosos ojos negros, veloces, expresivos; su luciente cabello de color de ébano, y sus purpúreos labios que ocultaban perlas, formaban un tipo de Rafael. Su talle esbelto y su turgente pecho, sus torneados brazos de alabastro, sus pulidas manos y su pie ligero, completaban la estatua animada de aquella Venus celestial. Mas no hay pluma que pueda describir las delicadas sombras de su complexión y las calidades del alma que se manifestaban en su rostro. Yo quedé extasiado. Bendito sea mi Dios que me concedió la felicidad de verla, y la de besar la mano a mi madre, después de siete años de ausencia. Yo sufro en mis juveniles años las persecuciones injustas de los hombres; pero estas están compensadas con aquellos grandes bienes. Yo no me quejo del Señor.

Amelia, conmovida, se detuvo al verme, y yo, al pararme, balbucí una salutación respetuosa, inclinándome demasiado para ocultar mi turbación. Amelia lo conoció al instante, y me estrechó en sus brazos, bañando mis mejillas con sus lágrimas. Yo, por mi parte, la estreché contra mi pecho agitado, comprimí su rostro con el mío y respiré su dulce aliento deleitado. Oh día feliz y memorable para mí! Oh momento venturoso, que no borrarán de mi memoria ni el transcurso de los años, ni las vicisitudes que sobrevengan!

---

<sup>10</sup> Quinto Horacio Flaco (65 a. C.- 8 a. C.), conocido como Horacio, fue el principal poeta lírico y satírico en lengua latina. Horacio, en sus obras, enfatiza la importancia de la "áurea mediocritas" o término medio, tanto en el ámbito de la virtud como en el de la vida cotidiana. Esto significa encontrar un equilibrio entre los extremos, evitando tanto el exceso como el defecto, para lograr una vida más plena y satisfactoria.

—Tú eres cruel— me dijo enjugándose las lágrimas— pues me tratas como a persona extraña, y eres también ingrato, porque me olvidaste embriagado en los placeres de París; mientras yo (preguntalo a papá) te recordaba con frecuencia, y lo que es más, suspiraba por mi amigo ausente.

Después se abandonó a manifestaciones de sincera alegría; me miraba con curiosidad y exclamaba

—¡Estás muy mudado! — Me hacía preguntas inconexas, y no me daba tiempo a contestarle.

—Estoy ansiosa— me dijo— de saber cuál será tu carrera profesional.

—Lo ignoro— le contesté— porque una grave pulmonía me obligó a interrumpir mis estudios por dos años.

—Has estado enfermo— exclamó ella— lanzándome una mirada que me traspasó el corazón.

—Sí— le contesté, deseando contraer algún mérito a sus ojos— siempre padecí en Francia los rigores de la ausencia y la mudanza de clima.

Amelia me miraba con dulce y tierna melancolía, y exhaló un suspiro escapado de lo más hondo de su pecho. Aunque turbado avivé la conversación para escudar a Amelia, y concluí diciendo:

—Por eso no he podido elegir carrera; pero pienso abrazar la de la jurisprudencia.

—Mal hecho—repuso Amelia, haciendo un gestito muy gracioso— si quieres darme gusto renuncia a la abogacía y adopta otra carrera; no quiero verte de doctor.

En esta mágica conversación pasaban las horas como el agua de los ríos en veloz corrida, y las mías estaban contadas para mi viaje a Quito el 15 próximo. Debía pues hacer los aprestos indispensables, corresponder las visitas y no separarme, sino por instantes, de mi Amelia. ¿Era posible todo esto? Hice un esfuerzo para despedirme, y tomé mi sombrero.

—No, no—me dijo ella— todavía no estoy satisfecha de verte.

Volví a sentarme, y pocos minutos después me retiré luchando, muy a mi pesar, con su obstinada resistencia; mas prometí volver a verla pronto.

Salí de allí verdaderamente cautivado; mi pasión no tenía límites. Necesitaba reposo para coordinar mis ideas y aun para gozar de mi ventura. La noche que alejaba las visitas, y mi lecho que me aislaba, me eran necesarios. Llegué a mi posada casi a la hora de comer, y me senté a la mesa pensativo.

—¿Ha cumplido V. sus deseos— me preguntó el amigo que me hospedaba— de conocer a sus queridas amigas?

—Sí— le contesté— y contaré este día como uno de los más felices de mi vida.

—¿Y cuál de las dos hermanas le ha parecido mejor?

—Ambas, le respondí sin vacilar.

—No, me replicó: Amelia es un prodigio de belleza que ha seducido a los jóvenes.

—¿Luego, tiene muchos amadores?

—Sí, no hay duda; pero ella da la preferencia a un elegante de la marina peruana, que prodiga el dinero y la complace en todo.

Parte del vino que tenía en mi copa se derramó en el mantel, mi cuerpo se estremeció como una vara verde y cambié al instante de color. Mi generoso amigo, sin notar lo que pasaba por mí, prosiguió la conversación, y refirió que don Jaime chocheaba con Amelia, que estudiaba hasta los caprichos de esta para satisfacerlos sin reparar en gastos ni sacrificios: que aunque Amelia no abusaba de la bondad de su padre, esta podía llegar a ser funesta, cuando el ímpetu de las pasiones no encontrara resistencia. Escuché, sin perder una palabra, todo lo que se decía, guardé silencio y me retiré taciturno.

Al día siguiente recibí este billete:

“Como quiero aprovechar de todos los instantes libres para estar contigo, y como no te queda más tiempo desocupado que el de la comida, te suplico vengas a tomar en casa, esta tarde a las 5, un arroz a la valenciana<sup>11</sup> con tus dos hermanas.

Tu mejor amigo—*Jaime de Moncada*”.

La letra de la carta, demasiado buena para que fuese del anciano, era indudablemente de Amelia, yo la besé repetidas veces, devorado por el fuego del amor y ardiendo en ira por los celos que despedazaban mis entrañas.

Hice mis visitas muy de prisa, y a las tres de la tarde volví a estar en compañía de Amelia, a quien encontré más encantadora que antes.

Estaba vestida con primor, y ostentaba un lujo que lisonjeó mi vista y desagradó a mi corazón. Ella me tomó de la mano, y sacándome fuera de la sala:

—No sea V. egoísta, querido papá—dijo a don Jaime—V. le tuvo ayer todo el día; déjemele hoy unas pocas horas.

El anciano recibió la reconvención con gracia, y se sonrió. Amelia me condujo a tres piececitas adornadas con coquetería, donde se respiraba un aroma suave y se solazaba el corazón. La primera era una salita en que lucían vistosos espejos y bien dibujados cuadros: la segunda un dormitorio oriental, donde se combinaban el lujo

---

<sup>11</sup> Arroz a la valenciana (en valenciano, arròs a la valenciana) o arroz valenciano es el nombre que recibe una multitud de platos de arroz de diversas cocinas del mundo, que tienen su origen en la tradición arrocería de la Comunidad Valenciana, no se trata de paella, porque esta aparece apenas a finales del XIX.

y la comodidad; el último era su laboratorio y ropero, donde las fragantes esencias y las pomadas olorosas, perfumaban el aire y trasminaban<sup>12</sup> la brillante madera en que se guardaban los encajes de Flandes y las ricas telas de Francia y de la China. Las ventanas, cubiertas de cortinas transparentes, ofrecían la plácida vista de un jardín ameno, cercado de limoneros cubiertos de azahares. Llamóme la atención una pequeña biblioteca, compuesta en la mayor parte de novelas francesas condenadas por la sana crítica<sup>13</sup>.

—¡Qué!—me dije sorprendido— Amelia se ha dado a la lectura de estas malas novelas, de estas fábulas extravagantes que empobrecen el entendimiento y pervierten el corazón? ¿Ignora ella que esas inofensivas apariencias y esa engañosa dulzura ocultan un veneno letal? ¿No conoce ella que esas desnudas revelaciones arrancan al alma su venda virginal? ¿No conoce que esos cuentos almibarados e inverosímiles engendran esa frivolidad de carácter que nos aparta de las ocupaciones serias, esa exageración de sentimientos que abulta cuanto vemos y esa inquietud de la mente, ávida de sucesos sobre naturales? ¿No percibe que esa sensibilidad extremada es una enfermedad del espíritu, abatido y agitado por esas quimeras profundas, ensueños de los novelistas? ¡Ah! ¡Si yo pudiera apartarla de tan azaroso estudio!

Pero yo temía ofenderla y guardé silencio. Ella adivinó mi desagrado, y se apresuró a disculparse manifestando que solo el amor propio la había inducido a leer esas novelas, porque los jóvenes hacían frecuentes alusiones al contenido de ellas y le era bochornoso revelar que no las conocía. Aunque esta excusa no me satisfizo, me abstuve de insinuárselo; pero me atreví a indicarle que las novelas son historias fingidas sobre hechos, por lo general, inverosímiles; y que aun la historia verdadera es una especie de novela, porque encierra algunos hechos dudosos y otros inexactos. Le añadí, sin embargo, que la opinión anunciada sobre las novelas era relativa, no absoluta, porque hay algunas morales provechosas, cuyo mérito literario es indisputable, pero que esas eran pocas, y las colocadas en su biblioteca mal elegidas, por lo cual le suplicaba no volviese a leerlas.

---

<sup>12</sup> El diccionario de la RAE define “trasminar”, en su segunda acepción así: “Dicho de un olor, de un líquido, etc.: Penetrar o pasar a través de algo”.

<sup>13</sup> Aunque no tenemos certeza absoluta, el autor seguramente tiene en mente la novela *Rojo y negro* de Stendhal (1783-1842) publicada en 1830. La obra figuró en el *Index Librorum Prohibitorum* de la Iglesia católica hasta 1900, una segunda obra de Stendhal, *La cartuja de Parma*, podría estar incluida entre estas novelas. Otros textos que podrían constar en esta lista son algunas de las novelas de la *Comedia Humana* de Honoré de Balzac. es el título de uno de los mayores proyectos narrativos de la historia de la literatura: Honoré de Balzac (1799-1850), su autor, se propuso escribir 137 novelas e historias interconectadas que retrataran la sociedad francesa en el período que abarca desde la caída del Imperio Napoleónico hasta la Monarquía de Julio (1815-1830).

Ella me lo prometió sin vacilar y me convidó a reposar en un sofá. Díle gracias por su condescendencia y alabé con ingenuidad el buen gusto y conveniencia con que estaban adornadas aquellas románticas habitaciones.

—Me alegro que te agraden—contestó; mirándome con una ternura que parecía serle peculiar— porque están destinadas para ti.

—¡Para mí! Exclamé, levantándome con sorpresa.

—Sí, para ti—replicó ella— y voy a explicarte la significación de mi ofrecimiento. Tú sufres del pecho, y el clima de Quito puede serte funesto, porque en aquella tierra elevada se respira un aire rarefacto. ¿No sería, pues, más prudente que volviesses a Guayaquil en el verano, después de pasar algunos meses con tu inapreciable familia? Aquí puedes estudiar como en Quito, con mejor salud y tal vez con mayor sosiego. Vivirás con entera libertad en este departamento, donde ni yo misma turbaré tu sosiego. Cuando quieras verme irás a mi gabinete que tiene vista al río: allí, añadió riéndose, cuidarás de que no lea malas novelas, y yo vendré a impedirte que escribas a tus amigas de París.

La invitación era seria y ponía el colmo a mi felicidad. Yo deseaba aceptarla, aun a costa de mi vida; pero no con el desagrado de mi buena y santa madre, cuya voluntad no conocía. El amor y el deber estaban encontrados, y luchaban en mi corazón que desgarraban; mi situación era lastimosa.

—¡Qué!— exclamó Amelia, no sin amargura —¿y dudabas complacerme? Este es el único favor que te pido despues de tan larga ausencia y vacilas para concedérmelo? Prométeme pues volver; no he mitigado aun la sed de verte, quiero estar contigo.

Toméla de ambas manos muy enternecido, le abrí mi pecho tribulado, le expliqué la causa de mi vacilación, le prometí poner de mi parte los medios posibles y le anuncié que difería mi viaje hasta el 16 para prolongar el placer de acompañarla. Ella me oía con ansiedad y agitación: diversas sensaciones revelaban en su semblante lo que pasaba en su corazón; y penetrada al fin de mis sentimientos íntimos, me dijo, derramando algunas lágrimas:

—Eres muy bueno y delicado, aprecio tu sinceridad, estoy satisfecha.

Esta última palabra me restituyó a la vida; la sensatez y docilidad de Amelia me sacaban de un conflicto. ¡Oh! era un ángel de bondad; yo quedé prendado.

Llamaron a comer, y nos sentamos a la mesa; don Jaime se dignó colocarme al lado de Amelia, y yo se lo agradecí con una reverencia. El convite fue espléndido; mas yo no podía saborear aquellos manjares deliciosos, porque la vista de Amelia me embelesaba y el goce de mi felicidad era incompatible con ningún otro.

Pero esa felicidad no podía ser completa: debía turbarla un inoportuno al día siguiente, que era el de la despedida, el de mis más dulces ilusiones.

Gozaba yo de la entretenida conversación de Amelia y de sus gracias cuando entra de improviso un joven militar y la saluda con familiaridad; era el señor Z., a quien la pública opinión designaba como su perdido enamorado. Este joven era gallardo, y su rostro bello; pero de esas bellezas afeminadas que denotan fatuidad.

Vestía un riquísimo uniforme en que resplandecía el oro: llevaba rizado el cabello y perfumado el bigote; su vestido estrechamente ajustado al cuerpo le tenía en prensa. Yo no le conocía, ni él a mí; pero ambos adivinamos que éramos rivales el uno para el otro, y por esto cambiamos una cortesía altanera.

Después de haber charlado sin término se quitó el guante y descubrió una manecilla, émula y rival de la de una esmerada señorita, vio la hora en su reloj y se paró para despedirse. Don Jaime, entonces le convidó a comer por mera urbanidad, y él le contestó con arrogancia necia:

—Acepto por complacer a V—. Delicado cumplimiento de un enamorado.

Pasamos al comedor, y yo guardé la distancia que me correspondía, porque el amor y los celos suelen moderarse por la educación. Z., impávido y audaz, se designó el asiento colocado a la derecha de Amelia, y había puesto ya la mano en él, cuando aquella me llamó a ocuparlo. Z., ofendido del desaire, le arrojó una mirada de reconvención, y ella la rechazó con altivo desdén, esmerándose más y más en prodigarme sus finas atenciones. Yo estaba ya vengado sin solicitarlo; mi enemigo, vencido y humillado, no tenía aliento para respirar. Amelia me correspondía y me daba en público la preferencia. Estos claros hechos, en armonía con las promesas, no podían engañarme. Pero yo tenía en el corazón, el escozor de la desconfianza que nace del amor mismo, misterio inexplicable de su naturaleza.

Reinaba, en tanto, un silencio notable. Z. no desplegab sus labios ni alzaba la vista; Amelia y yo conversábamos poco y en voz baja. Don Jaime entonces tomó la palabra y habló de Valencia. Pintó su deliciosa situación entre vergeles regados por el Turia. Aplaudió las proezas del Cid cuando arrojó de ella a los moros.

Recordó la famosa Alameda que cantó Moratín<sup>14</sup> y que alabó Laborde<sup>15</sup> como la primera en Europa. Suspiró por aquel cielo despejado y por aquel templado clima del Mediterráneo. Y también suspiró por aquellas ninfas

---

<sup>14</sup> Leandro Eulogio Melitón Fernández de Moratín y Cabo (1760-1828), conocido como Leandro Fernández de Moratín, fue un dramaturgo, traductor y poeta español, el más relevante comediógrafo neoclásico del siglo xviii español.

<sup>15</sup> Alexandre Louis Joseph, marqués de Laborde, conde del Imperio, fue un escritor, viajero, anticuario y político francés, nacido en París el 17 de septiembre de 1773 y muerto en la misma ciudad el 20 de octubre de 1842.

celebradas, que sin duda despertaron en su mente el recuerdo de la juventud pasada.

El silencioso Z., olvidándose de su situación, depuso el torvo<sup>16</sup> ceño para burlarse de la conversación de D. Jaime, y me provocó con sus miradas a participar de la befa truhanesca con que pretendía insultar las respetables canas de aquel varón anciano, padre de mi Amelia y mi amigo bondadoso desde la niñez. Un gesto de mi reprobación castigó la insolencia de Z.

—¿Por qué señor Don Jaime— le dije conmovido de su patriótico entusiasmo— por qué no cumple V. su deseo de volver a Valencia? Los antiguos odios políticos se han extinguido en España: tiene V. poca familia y dispone de una fortuna que le brinda en aquel país comodidades y placeres.

Una sombra visible cubrió la rugosa frente de mi anciano amigo, y una lágrima cristalina brilló en sus apagadas pupilas. Yo respeté su silencio y me arrepentí de mi imprudencia. Él estaba conmovido, acongojado; yo toqué una cuerda que vibró en su corazón. ¿Pero cuál era el misterio de lo que había pasado? Yo veía el efecto, no la causa; adivinarlo era imposible. El mal estaba hecho y era preciso repararlo. Yo procuré distraer a mi amigo para calmar los presentimientos a que se había entregado.

Al levantarnos de la mesa di el brazo a mi querida Amelia, y la conduje a una espaciosa galería para tomar el fresco. El importuno Z. se apresuró a seguirnos; mas la sagaz Amelia me apretó **insensiblemente** el brazo y retrocedí con ella al salón principal, dejando aislado y mustio al dandy militar. Aproveché de aquel momento favorable y le pedí proporcionase una oportunidad para despedirme de ella. Me convidó a pasear por el jardín y bajamos en el acto en compañía de Zoila. La tarde era serena; un céfiro blando refrescaba nuestros pechos inflamados; el aroma de las flores perfumaba el aire, y los pintados pajarillos parecían saludarnos con trinos amorosos. La sensible Amelia, triste, melancólica, desconsolada, se apoyaba en mi brazo para continuar el paseo por una hermosa calle de fragantísimas diamelas<sup>17</sup>. Yo estaba embriagado, mudo por el dolor de la despedida que no podía iniciar; pero nuestro silencio era más elocuente que inútiles palabras. Nuestros corazones se entendían y nuestros semblantes lo confirmaban. Una tarde silenciosa, aquel sitio solitario y nuestra imperiosa situación, juntaban la sublimidad de la naturaleza externa con la del amor honesto. Nuestras almas, aunque desfallecidas por el sentimiento, se elevaban a su Creador para pedirle protección.

---

<sup>16</sup> RAE: Torvo: adj. Dicho especialmente de la mirada: Fiera, espantosa, airada y terrible a la vista.

<sup>17</sup> La damiela, conocida (también como jazmín de Arabia o jazmín de Sambac), es una planta trepadora perennifolia nativa del Himalaya oriental.

Se acercaba el momento de la despedida, y Zoila se apartó un instante a tomar una flor para presentármela. Amelia, inclinándose a mi oído, me dijo con voz trémula:

—¿Me prometes volver en julio próximo?

—Y tú—le respondí con timidez— me prometes no ...

La presencia de Zoila me impidió acabar la frase. Amelia tomó entonces un ramito de azahar, que acomodó con sus dedos de rosa, y me lo obsequió diciendo:

—Si no volviéremos a vernos, como lo presiento, recuerda que tu infeliz amiga te ha dado estas flores el 16 de marzo al ponerse el sol.

Las dos hermanas prorrumpieron en llanto, y yo llevé el ramo a mi corazón enternecido. En vano les prometí volver en julio para consolarlas, en vano les pinté una perspectiva risueña para nuestro porvenir, en vano les rogué que no alteraran su salud y se conservasen para el amor y la amistad; en vano todo: la desesperación nacía de un presentimiento, y los presentimientos son espectros ante quienes enmudecen las palabras. Solo D. Jaime, que acababa de llegar, se mostraba sereno en aquella escena dolorosa. Yo le abracé sin articular ni una palabra y abracé a Zoila con estremecimiento; mas al llegar a la llorosa Amelia flaquearon mis fuerzas consumidas, y ella me estrechó en sus brazos como para no soltarme más, para expirar en ellos. Hice un esfuerzo para desprenderme, y salí precipitado tropezando donde no había ningún obstáculo. Volví a verla, y percibí su *última mirada que decía adiós para siempre*.

Arrullado en la falda hundosa del Pichincha, donde vi la luz primera, adormido por los aires de la patria y las caricias de mi familia, las amorosas escenas del Guayas se agolpaban a mi imaginación como se recuerdan los momentos felices de la edad primera; con un placer melancólico, alegre y triste al alma. Pero la imagen de Amelia, grabada en mi corazón, estaba presente a mi memoria y yo la contemplaba como mi futura felicidad. Pero a no volver pasan las horas dichosas de la vida, y pasan como las sombras desapercibidas. Así se deslizó aquel feliz tiempo ante mis ojos, y el señalado julio se anunció con sus flores y racimos. Amelia me lo recordó en una bien sentida carta, y yo le contesté que mi madre consentía en el viaje y que a fines de aquel mes respiraría el aire contagioso de los cuartitos que me había destinado. Añadí por ironía, una corta adición saludando a Z. Ella se picó de esto, y me escribió diciendo que aquel fatuo estaba en Lima y que si yo quería favorecerle con mis amistosos recuerdos se los trasmitiese directamente.

Mientras tanto yo preparaba mi viaje con apresuramiento, porque se acercaba el día de verificarlo. Pero el destino, incomprendible en sus misterios, lo frustraba. Una revolución política estalló en Guayaquil el 17 de aquel mes,

revolución perseguidora, cruel, funesta a mi familia<sup>18</sup>. Amelia misma me escribió consternada, rogándome que suspendiese aquel solicitado viaje. La revolución fue un drama apasionado que bien pronto se representó en toda la república, y yo tuve que ocultarme en una de sus salvajes peripecias.

Reducido a la soledad, como las flores ignoradas del desierto, mis pensamientos se concentraron en Amelia, y la esperanza, que es el sueño del hombre despierto, me alimentaba en aquella adversidad.

Una sospecha repentina, parto del Averno, agravó mi penosa situación. ¿No es Amelia una coqueta, me dije a mí mismo, que finge amar a todos los hombres? ¿Esa pasión que me manifestó fue ficción o realidad? Esa llaneza extremada, ese abandono fraternal nacen del amor que me profesa, ¿o son estudiadas artes en novelas y autorizadas por la independencia en que ha vivido?

En medio de una agitación febril rechazaba estas reflexiones con indignación y me tranquilizaba, culpando de loca a mi imaginación. Era ya el mes de abril de 1852, y la situación política del país había empeorado. Yo continuaba oculto y no había recibido ninguna carta de Amelia en tantos meses transcurridos. Esto me atormentaba más que los rigores de mis enemigos.

—¿Por qué no me ha escrito ella—me preguntaba, a cada instante? ¿Ha fallecido de alguna enfermedad? ¿Está postrada en el lecho del dolor? ¿Ha contraído algún feliz enlace y me lo oculta? ¿Z. ha vuelto a Guayaquil?

—No hay duda—me respondía— que ha sucedido alguna de estas cosas; la razón lo dicta y mi corazón me lo anuncia. Colocado entre dos precipicios por donde amenazaban derrumbarme una política bárbara y un amor desgraciado, el sueño se había retirado de mis párpados, y mis fuerzas empezaban a debilitarse. Un fatal augurio aumentó mis aprensiones y agravó mis quebrantos. Un rayo, desprendido de una nube en medio de una horrisona tempestad, cayó en el techo de mi habitación perpendicular a mi cabeza. Era un rayo del cielo que hería mis pensamientos de futura felicidad. Absorto, aterrado, me fue entregada la siguiente carta:

“Mi amado hijo Antonio:

Dentro de pocas horas habré bajado a la región de los muertos, deshonrado por Z. a quien perdono.

El Todopoderoso me ha condenado en la tierra a la pena del Talión, por un crimen de mi insensata juventud; bendita sea la justicia del Señor.

Si las últimas palabras de tu viejo amigo tienen algún poder en tu generoso corazón, te ruego no participes del desprecio que tendrán los hombres por mi

---

<sup>18</sup> Probablemente alude a la revolución marcista, en marzo de 1851?, aunque las fechas no coinciden, más adelante en la narración habla de la tensión política en abril. El triunvirato vencedor, compuesto por roca, olmedo y noboa, desterró a JJ Flores del Ecuador. Antonio Flores Jijón debió salir con su familia, y se asentó durante este período en Santiago de Chile, posteriormente en Valparaíso. Es ahí donde se publica la presente obra.

desgraciada hija pecadora. Restitúyela, con tus consejos, al camino del honor, al templo de la virtud. Yo te la tenía destinada, y Dios ha dispuesto otra cosa; hágase su voluntad.

Hasta que volvamos a vernos en el Valle de Josafá<sup>19</sup>.

*Jaime de Moncada.*”

Ciego, desesperado, corrí a precipitarme por el balcón para terminar pronto mi existencia; mas no me satisfizo aquella muerte y me detuve.

Preparé mi pistola para apagarla en mi corazón, y la arrojé diciendo: sería en mí una infamia el no morir de mi dolor...

## EPÍLOGO

A mediados de julio de 1853 (triste y rara coincidencia) toqué en Guayaquil con mi familia de paso para nuestro destierro. La vista de la enlutada casa de D. Jaime avivó mi dolor, y la relación verídica de los sucesos que la desolaron resintió mi naturaleza. Según esa relación, de persona bien informada, Amelia despidió a Z. después de mi viaje a Quito y cerró sus oídos a súplicas y empeños para volver a recibirle; mas el astuto y pérfido Z. apeló a la compasión para vencerla. Divulgó que no podía sobrevivir al desprecio de Amelia, porque la pasión con que la amaba le ponía en la dura alternativa de ser correspondido o de morir desesperado. Regresó luego a Lima, y allí anunció también su muerte próxima. Una grave enfermedad favoreció sus designios, hasta el extremo de publicarse que había fallecido por Amelia. No bien convalecido de aquel mal, voló a Guayaquil con la esperanza lisonjera de recoger el fruto de su casual padecimiento. Pero en vano solicitó una entrevista de Amelia, y en vano la importunó con nuevas súplicas y promesas. Desengañado de la inutilidad de sus esfuerzos le escribió el siguiente billete, que fue encontrado original.

“V. es la más ingrata y cruel de las mujeres, pues se obstina en precipitar mi muerte. V. quedará satisfecha, y yo seré vengado por sus propios remordimientos. Cuando los airados ojos de V. recorran estas pocas líneas el infeliz Z. habrá dejado de padecer.”

Corrió en seguida el rumor alarmante de un malogrado suicidio, díjose que Z. estaba contuso, y que la bala no había penetrado el cráneo, porque el ansia de morir le había hecho caer en el error de comprimir la pistola contra la frente y la

---

<sup>19</sup> El Valle de Josafat es un lugar mencionado en la Biblia, en el libro de Joel, donde se predice que será el lugar donde Dios juzgará a todas las naciones. El nombre "Josafat" significa "Yahvé ha juzgado" o "Juicio de Yahvé".

falta de aire había rechazado el proyectil. En fin que sus amigos le guardaban para impedir que llevase a cabo su intento, aunque había dado palabra de conservar su vida aborrecida. Este hecho fingido le ganó celebridad novelesca entre la gente romántica, y le colmó de ridículo entre las personas serias. Autorizado por aquella celebridad, se presentó ufano en la casa de D. Jaime, y éste le rechazó indignado del atrevimiento de tanto escándalo. Prohibió a sus hijas que le recibiesen y mostró una inflexibilidad de carácter que le honraba; era la primera y última vez que hacía uso de su autoridad paterna. Z. era ya un héroe de novela, y Amelia la heroína renombrada. Seducida ésta por el incentivo de una gloria caballeresca y enternecida por los sacrificios de aquel, su mal dirigida educación no prestó robusto apoyo a su virtud, y se dejó arrebatarse por un infame.

Herido de estupor D. Jaime no pudo sobrevivir a la ignominia, y cayó postrado en el lecho de muerte.

—“Perdono a ambos desgraciados”— fueron sus primeras palabras.

—La Providencia me hace espiar en mi vejez un crimen de mi juventud. Seduje a una doncella virtuosa y enluté a su familia respetable. Dios me condena a la pena del Talión<sup>20</sup>; bendigo su justicia.

Dictó después sus últimas disposiciones junto con la carta para mí, se entregó a los dulces consuelos de la religión, se despidió de Zoila enternecido, la conjuró a no leer malas novelas y cerró sus ojos a la luz.

Quise visitar a Zoila, que vivía retirada de la sociedad, y lo impidió mi dolor: quise escribirle un billete, y lo rehusó la razón; diferí este triste deber hasta tiempo oportuno; exhalé un lánguido suspiro y dejé las playas de mi patria...

Esperaba en Valparaíso la llegada del vapor para recibir mis cartas y saber de mis amigos, cuando un guayaquileño conocido mío, se acercó a mí, me dio la mano y me saludó con afabilidad.

—¿Qué noticias trae V. del Ecuador?—le pregunté con inquietud.

—Ninguna—me contestó— que merezca comunicarse: la miseria y los gemidos están siempre a la orden del día.

—¿Y cuáles son los acontecimientos particulares?

—Matrimonios y muertes que no faltan.

---

<sup>20</sup> Se deriva del adjetivo indefinido "talis", que significa "de tal naturaleza" o "semejante". En el contexto de la ley, "talio" se refiere a una pena que es de la misma naturaleza que el delito cometido. La "ley del talió" (*lex talionis* o "ojo por ojo") es un principio de justicia retributiva que establece que el castigo debe ser proporcional al daño causado, es decir, que la pena debe ser similar al delito cometido.

—Excuse V. referirme los primeros,— le dije acongojado— y hábleme de los últimos.

—Murió Zoila Moncada de pesar, murió también...

—¿De qué pesar ha muerto—le interrumpí medio trastornado— la desgraciada Zoila?

—Del último que le ha dado su hermana, la cual ha fugado del Perú con un ministro brasileiro, porque la familia de Z. no quiso consentir en el proyectado enlace de este, ni recibir aquella en su casa.

Un golpe de rayo hirió mi corazón; iba a separarme de aquel hombre precipitadamente, y la curiosidad o el interés, luchando con la más cruel agonía, me prestaron fuerzas para preguntarle:

—¿Y dónde está Amelia?

—Dicen unos que en un palacio de Rio Janeiro, donde vive con espléndido lujo, y otros que en un lupanar de Marsella.

—¡Qué horror! —exclamé, llevando las manos a la cara, y caí desfallecido...

—¡Amelia! ¡Amelia! donde quiera que te halles, donde quiera que te lleguen estas líneas, oye la voz de tu padre moribundo; vuelve a la virtud. Ya en magníficos salones disfrutes de una opulencia criminal; ya te castigue la miseria en las inmundas cloacas de la prostitución, obedece al ruego de tu padre; vuelve a la virtud. Deja los amantes regios y las danzas y festines; deja el torpe lecho del burdel infame, ven a los brazos de tu amigo abiertos para ti. No hallarás ceño en mi semblante, ni reconvenciones en mis labios.

—Bien puede el hombre temerario escupir tu noble frente: yo la limpiaré con mis lágrimas, te purificaré con mi amistad, te respetaré como el Salvador de los hombres a la pecadora arrepentida. Lecturas perniciosas rasgaron inhumana el velo a tu inocencia y te arrastraron al abismo; mas tu corazón fue puro, tu alma angelical. Yo te perdono, como te perdonó tu padre generoso, y te llamo a su nombre y en el mío; vuelve a la virtud.